

## **Etnografía y sentimientos. Cuando conocer y sentir no se encuentran separados**

Graciela M. Tedesco (IDACOR Conicet UNC - [gracielatedesco@ffyh.unc.edu.ar](mailto:gracielatedesco@ffyh.unc.edu.ar) )

### **Introducción**

Solemos emprender nuestras investigaciones a partir de preguntas y herramientas conceptuales que nos llevan a elegir un determinado recorte empírico y una estrategia metodológica de abordaje. Sabemos que el camino que transitaremos tendrá muchas idas y vueltas, pero también nuevos conocimientos y campos de indagación. Esto implicará modificar nuestros puntos de vista, enfrentarnos con lo que no conocemos y complejizar lo que creíamos explicado; pero siempre dentro de un campo de ideas o saberes. En este sentido, cuando surgen en la investigación cuestiones ligadas a las emociones e incertidumbres para las que no solemos estar preparados, sentimos tambalear y nos desorientamos. ¿Qué sucede cuando los sentimientos inundan la investigación; cuando se pasa de “estar investigando” a convertirse en una amiga y compañía; cuando nuestros interlocutores nos habilitan a compartir sus alegrías y desdichas? ¿Por qué se considera a veces que cuanto más se intensifican los sentimientos menos se puede entender o analizar? Siguiendo la huella de los estudios antropológicos que abordan las emociones y la afectación como objeto y herramienta de análisis (Favret Saada, 2013), así como las perspectivas sobre la dimensión social, intersubjetiva e histórica de los sentimientos (Mauss, 1979); este trabajo reflexiona sobre aquello que Roberto Da Matta (2006) llama la fase vivencial y afectiva siempre presente en cualquier investigación, pero que suele invisibilizarse o subordinarse a las actividades teóricas y prácticas que implican la construcción de un objeto de estudio. Para ello, retomo mi experiencia junto a una familia que conocí en un barrio de Córdoba, mientras indagaba sobre memorias vinculadas a sus hogares. Esta familia tenía en la actualidad dos integrantes, Francisco, (el padre de familia, que junto a su esposa ya fallecida habían adquirido esta casa de plan de vivienda a inicios

de la década del 70) y su hija Victoria<sup>1</sup>. Los otros dos hijos del matrimonio habían dejado la casa varias décadas atrás para formar sus propias familias.

Como pretendo mostrar, si bien los sentimientos compartidos y los intercambios producidos con Francisco y Victoria me permitieron acceder a las memorias sobre su casa y compartir diversos momentos; éstos también conllevaron afectaciones y dilemas éticos con respecto a mi trabajo de campo. El lugar que adquirieron las emociones en esta relación y los supuestos en torno a cómo investigar, serán los ejes a reflexionar en este texto. A partir de ello, buscaré revisar en qué se apoyaron mis dudas e incertezas y por qué el “des-aprender” puede ser un camino que me lleve a reconocer el papel que jugaron las emociones en mi trabajo de campo.

### **Francisco y Victoria. Compartir momentos y recuerdos**

Conocí a Francisco y Victoria un día de mayo de 2015, en un barrio de la ciudad de Córdoba al que llegué para indagar el devenir de un plan estatal de viviendas denominado VEA (Viviendas Económicas Argentinas), construido a inicios de la década de 1970 y las memorias de sus residentes. En particular me interesaba comprender la relación entre las memorias y el habitar cotidiano de estas casas, y por ello planifiqué entrevistar a propietarios y registrar los cambios y permanencias materiales. No obstante, no tenía ningún contacto en el barrio y durante varias semanas me dediqué a recorrer y a esperar que se presentara alguien con quien conversar. Así, pasé varias semanas caminando las calles de la zona en soledad, registrando las obras que se daban a partir de un emprendimiento inmobiliario cercano y logrando algunas conversaciones casuales, pero breves y que me brindaban escasa información. Por otra parte, busqué información sobre planes VEA e intenté captar detalles constructivos en ese barrio, pero esta actividad me incomodaba ya que se trataban de espacios privados y yo era aún una extraña. No obstante, en mayo de 2015 mi trabajo de campo cambió, al conocer a Francisco.

*“Decidí comprar unas galletitas para comer y sentarme a mirar el trabajo de los obreros en el cruce de la vía. Fue allí que vi parado un señor muy mayor apoyado en su bastón muy cerca de donde se estaba haciendo el relleno del asfalto. El hombre parecía muy interesado en lo que se estaba haciendo y quise acercarme a charlar. Me paré al lado y le pregunté si esa obra era para hacer la conexión con el otro lado de la vía. Me dijo que sí y*

---

<sup>1</sup> A lo largo del trabajo modificaré los nombres y algunas de sus ocupaciones para preservar la intimidad de esta familia.

*luego me describió la obra como si se tratara del ingeniero a cargo. Así iniciamos una conversación en la que me siguió contando que trabajó en la Fábrica Militar de Aviones y que para llegar a la misma tomaba un tren que salía de Alta Córdoba, barrio en el que vivió antes de llegar a Parque Capital Sud” (nota de campo, 19 de mayo de 2015)*

Francisco tenía en ese momento 86 años y nació en Entre Ríos. Había estudiado en una escuela técnica en su provincia y siendo muy joven rindió un examen para ingresar a trabajar la Fábrica Militar de Aviones en Córdoba. Se desempeñó allí como tornero y fue subiendo de puestos, pero en los 70 fue despedido por reducción de personal y debió buscar trabajo en otras fábricas. Fue también por esa época que comenzó a producir muebles artesanales de hierro para venderlos en mueblerías.

Cuando le conté ese día que estaba haciendo un trabajo sobre el barrio y sus casas, me invitó a conocer la suya. La casa de Francisco era uno de los modelos más grandes de las construidas por el plan VEA, tenía tres habitaciones, un living comedor, un baño y un patio. En la parte libre de su lote, había sumado un garaje, un asador y un local que transformó luego en su taller de trabajo. En la casa vivía también su hija Victoria, de 58 años, soltera y que trabajaba como modista en la misma casa.

*“El living de entrada tenía un sofá y dos sillones marrones de cuero que parecían antiguos. Varias repisas que él había construido estaban colgadas en la pared y contenían adornos de metal también fabricados por Francisco. También había unas pinturas que le habían dado como forma de pago en las mueblerías. En el piso había un revistero metálico, que luego me contó fue uno de sus productos que más vendió a mueblerías. Mientras recorríamos la casa me iba mostrando los distintos objetos de hierro que él había realizado. Casi todo en una palabra. La mesa del televisor, las repisas, la mesa de la cocina, las rejas de la casa. Luego de la cocina llegamos a un patio de 6 x 5 mt y piso de cemento, que tenía una mesa y varios maceteros también fabricados por él”. (...) “Luego me condujo por una puerta al lado del garaje y pasamos al asador, lugar en el que hace unos años criaba loritas de colores para vender. A la derecha había una puerta que conducía a su taller y que estaba cerrada con un candado. Lo abrió y luego prendió las luces. (...) Había máquinas y repisas cubiertas con telas para cuidarlas del polvo, y una mesa iluminada con una lámpara. En dos heladeras antiguas sin motor guardaba herramientas de todas las clases. Le pedí permiso para sacar fotos del taller porque me pareció que todo esto era muy importante para él y creo que fue algo que le gustó, porque*

*comenzó a descubrir las máquinas y las fue prendiendo una a una (un torno, un afilador, etc) mientras me explicaba cómo él mismo las había construido y para qué servían. (nota de campo, 19 mayo 2015)*

A pesar de su gran vitalidad, Francisco tenía varios problemas de salud y su hija Victoria se encargaba de llevarlo a los controles médicos y darle su medicación. *“Yo tomo como 16 pastillas al día. Pero a mí háblame de fierros, no me hables de medicamentos”*, me dijo un día. Victoria trabajaba en la misma casa como modista y también se ocupaba de la limpieza del hogar, las compras, de cocinar, el pago de las cuentas y otros trámites. Francisco parecía tener siempre ganas de conversar y como yo no conocía a otras familias en este barrio, comencé a visitar su casa con cierta asiduidad. Por lo general iba a la hora de tomar el té, llevaba las galletitas que a ellos les gustaban y nos sentábamos alrededor de la mesa y frente al tele un rato charlando los tres. Luego le pedía a Francisco que me mostrara “en qué nuevo proyecto estaba trabajando” y visitábamos el taller para conversar un rato más. Tampoco ellos recibían demasiadas visitas, por lo que creo que yo los acompañaba y ellos me acompañaban a mí.

### **Compartir penas...**

Durante el 2016 los visité en varias ocasiones y a mediados de ese año quedé embarazada de mi segunda hija. Fui algunas veces más con la panza y en el verano me dediqué a esperar el nacimiento de mi hija que fue en marzo de 2017. Un par de meses después fui a saludar a Francisco por su cumpleaños y les llevé a la bebé para que la conocieran.

La salud de Francisco había empezado a deteriorarse y comenzaron meses difíciles para él y su familia ya que casi no podía levantarse de la cama y bajó mucho de peso. En los meses siguientes los visité un par de veces más, pero Francisco casi no se movía, hablaba muy poco y estaba más débil. Victoria me contó que a veces su mente “se perdía” y por ello me alegré mucho cuando recordó a mis hijas y mi esposo. El deterioro de Francisco se hizo cada vez más notorio y también el cansancio de Victoria, que si bien era ayudada por sus hermanos y una enfermera, asumía la mayor parte de la situación. Luego comenzaron las temporadas intermitentes de internación en clínicas y me mantuve en contacto telefónico pero espacié aún más mis visitas. Esto también se debió a que me entristecía mucho ver a Francisco de esa manera.

Un día de octubre de 2017 temprano por la mañana recibí un mensaje en mi celular. Era

Victoria, para avisarme que su papá había fallecido durante la noche y que a la siesta lo estarían velando.

*“Me sentí triste con el mensaje, pero a la vez afortunada porque Victoria me había avisado. Les tenía mucho cariño, y creo que mis visitas a su casa los últimos tiempos se daban más en un tono de amistad (tanto que casi no tomaba notas), que de investigación. Iba a ir al velatorio, a despedir a mi amigo. Compré un ramito de flores en la salida de mi pueblo y tomé la ruta rumbo a Córdoba. Cuando llegué, ví el cajón y el delgado cuerpo y rostro de Francisco. Saludé a Victoria y me senté a contemplar a Francisco para despedirlo. Al lado estaban sentadas dos vecinas y ahí les conté de mi admiración por la habilidad y las ganas de hacer cosas de Francisco. Y pensé que cuando volviera a su casa ya no estaría para guiarme por su taller, ni para contarme sus historias. Pero lo que más me emocionó fue que el ramito de flores que yo había llevado terminó sobre el pecho de Francisco en el mismo ataúd. La corona floral de sus hijos y nietos, y mi ramito lo acompañaban. Y me impresionó observar los caminos por los que puede transitar un trabajo de campo antropológico. Nunca imaginé al iniciar el mismo que me encontraría acompañando un velatorio y que mis flores terminarían junto al cuerpo de alguien a quien conocía hace relativamente poco tiempo, pero que había aprendido a admirar y querer”.*  
(nota de campo, octubre de 2017)

Luego del fallecimiento de Francisco y de cierta manera desde que se enfermó, opté por continuar con la amistad que había iniciado con Victoria pero sin que su casa fuera parte de mi trabajo de campo. Asimismo, decidí apartar todo lo que ya había registrado de mi investigación ya que de cierto modo sentía que al no estar Francisco, no podría mostrarle lo que escribía sobre él. Además, desde hacía varios meses mis registros sobre esta casa habían pasado a ser informales y circulares. En resumidas cuentas, pensé que si bien mi investigación perdía de incorporar esta experiencia, había ganado algo más importante, la amistad de Victoria y el recuerdo y las enseñanzas de Francisco.

### **Supuestos de una decisión**

La decisión de que Francisco, Victoria y su casa dejaran de formar parte de mi trabajo de campo para continuar la relación de amistad con Victoria y respetar así la memoria de Francisco, se apoyó en algunas creencias en torno a lo que implica investigar y cultivar una amistad. Así, “aprendemos” que debemos hacer el recorte de un campo y elegir

informantes, poner en práctica entrevistas y observaciones, a buscar la saturación de temas, a analizar y escribir. Pero nadie nos enseña sobre qué hacer con los sentimientos que brotan en las relaciones que vamos construyendo con nuestros interlocutores que muchas veces nos llaman amigo/a. ¿Deberíamos entonces de aprender nuevas perspectivas y/o de desaprender lo ya sabido?

### **1) Interlocutores y amigxs**

Hace tiempo que la antropología dejó de pensar en los sujetos de investigación como informantes que aportan datos y pasó a considerarlos interlocutores que, en un movimiento dinámico y reflejo, nos permiten comprender sus sentidos y condiciones de vida, y también los nuestros. A pesar de esto, solemos poner el foco en nuestros interlocutores y dejar poco espacio para nuestras experiencias. Y más aún, llegamos a considerar que nuestras emociones no son relevantes, sino una cuestión menor en relación a lo que atraviesan las personas que conocemos. En esa lucha por establecer prioridades y efectuar tareas “de investigador” nos vamos perdiendo la posibilidad de detenernos a reflexionar qué implica acompañar y sentir junto a otras personas. Y quizás por ello, ubicamos a los sentimientos en un lugar “poco productivo” de la investigación e imaginamos fronteras y prácticas diferenciadas entre el investigador/a y los sujetos.

Francisco y Victoria eran sin duda para mi investigación “interlocutores clave”, por ser dueños originales de una de las primeras viviendas de plan VEA en este barrio, con buen estado de conservación y una trayectoria prolongada junto a sus dueños. Asimismo, Francisco había trabajado en la mítica Fábrica Militar de Aviones y en sus habilidades y en su cuerpo había huellas de ese paso, cuestión también relevante para mis indagaciones sobre el pasado industrial de Córdoba. Pero Francisco y Victoria me llamaban amiga y yo sentía mucho afecto por ellos. ¿Cómo podría investigar y contar sus historias a otros que no los conocían?, ¿afectaría eso nuestra relación?, me preguntaba cada vez que salía de su casa.

Si bien mis primeras conversaciones tenían el carácter de una entrevista abierta en relación a la trayectoria de Francisco, la casa y el barrio; con el transcurrir de mis visitas las conversaciones derivaron hacia diversos temas menos específicos y a veces introducidos por la televisión que en ocasiones veíamos juntos. El año 2015 fue un año electoral en la república Argentina (de presidencia, gobernación, intendencia), así que conversamos sobre los candidatos, y aunque disentíamos, estábamos abiertos a conocer nuestros puntos de

vista; así como también la economía del país, los gastos que tenían en esa casa, la jubilación mínima de Francisco y los intermitentes ingresos de los trabajos de Victoria. Y entre otras cosas conversábamos además sobre la villa de emergencia cercana, las tareas de Victoria en la capilla del barrio, los recuerdos del pueblo de Francisco; y sobre mis padres, mis hijas, mi esposo, mi trabajo en la facultad.

De este modo, la llamada “saturación” de temas que se busca en las entrevistas se produjo tras varios encuentros, pero continué visitándolos y escuchando una y otra vez las historias de Francisco. Una tarde me contó que era el último de los hermanos y de los familiares de su generación que quedaba con vida, por lo que ya no tenía nadie con quien recordar “los tiempos de antes”. Esto me impactó y mi escucha comenzó a tener un carácter distinto, dejando de preguntar sólo para mi trabajo y buscando ayudar a recordar su lugar, sus afectos, su vida “de antes”. Por ello escuchaba sus historias siempre con el mismo interés y sintiéndome muy afortunada de estar allí en su comedor o en su taller, sin más preocupación que disfrutar un momento con mis amigos, en esa casa que parecía detenida en el tiempo. De este modo, me fui dando cuenta que el conocer y comprender no era mi principal objetivo sino el acompañarnos, como ellos también me hacían compañía a mí.

## **2) El “campo” entre su casa y mi casa**

Escuchamos muchas veces al formarnos como investigadores, que el inicio de un proceso de investigación requiere de un recorte espacio-temporal para optimizar la construcción de registros y datos. Este barrio que se inició con un Plan VEA fue el lugar elegido para mi trabajo de campo, y en particular la casa de Francisco y Victoria ocupó un lugar central dentro del mismo. Esta casa me había abierto sus puertas desde el inicio, pero no había sucedido lo mismo con las otras casas de este barrio. Si bien había conversado con varios vecinxs, pocos me habían invitado a conocer sus casas y sólo habían respondido a mis preguntas sin que prosperaran nuevos encuentros. Por ello, a lo largo de mis visitas al barrio mis pasos terminaban casi siempre en la puerta de la casa de Francisco y Victoria. Según el clima que hubiera afuera, al llegar era habitual compartir un té o algo fresco, sentarnos y conversar; sintiendo que también la casa me cobijaba. Y esta materialidad que me recibía también se conformaba de los variados objetos que conformaban la casa y que tenían mucha historia para contar. La mayoría de ellos habían sido realizados por las manos de Francisco, y por ser artesanales y de estilo “antiguo” llamaban mucho mi atención. Algunos llegaron a mi casa como una materialización del lazo construido con esta familia.

En esa época yo me encontraba recién mudada a mi casa y tenía pocos muebles, por lo que las repisas que antes hacía Francisco y tenía guardadas en su taller se tornaron muy necesarias para mi hogar. Les pedí poder comprarlas y él accedió poniéndoles un precio simbólico. Adquirí tres repisas de hierro en distintos momentos de mis visitas, y luego Victoria me vendió una mesita antigua que no usaba, también a un precio simbólico. Asimismo, les llevé algunos obsequios pequeños al acercarse sus fechas de cumpleaños, como una manera de agradecerles el acogimiento. Pero una silla hecha por Francisco que hoy está en mi estudio es uno de los objetos más valiosos (afectivamente hablando) que tengo. Él había ofrecido vendérmela cuando aún estaba con salud, pero luego enfermó y no pude buscarla. Un mes luego de su velatorio visité a Victoria y juntas entramos de nuevo al taller. El espacio se sentía solo sin Francisco. Al ver la silla Victoria me la ofreció y poco después volví a buscarla. La hice tapizar y aunque la uso muy poco, me acompaña en mi escritorio. De este modo, entre su casa y mi casa hay un vínculo (como también tienen mi casa con otros espacios), al punto que sin esas repisas y sin esa silla, mi casa no sería la misma. En este sentido, reflexionar sobre esta experiencia me permitió desaprender la idea de que el recorte que hacemos del referente empírico nos permite enfocar nuestra mirada, para aprender que muchas veces el campo llega a nuestras casas y las transforma, en un continuo ir y venir.

### **3) Notas, análisis y afectos**

En nuestra formación aprendemos asimismo sobre la importancia que tiene la escritura en diferentes momentos del proceso investigativo, desde la construcción de notas de campo y registros, hasta la elaboración de textos analíticos para su divulgación. Las notas de campo registran lo visto, oído y sentido en un determinado espacio, así como la incidencia del investigador en la construcción de las notas. En general esto se realiza de manera privada, en nuestras casas, computadoras o cuadernos, sin que acostumbremos a conversar sobre ellas con nuestros interlocutores. A lo largo de mis visitas fui construyendo mis notas, pero abandoné mis registros cuando Francisco enfermó, como una manera de respetar ese difícil momento. Junto con ello atravesé el dilema de poder o no trabajar con el material anterior, al menos mientras durara mi sensación de duelo. Y esto afectó mi producción escrita analítica. Es que como investigadores, se nos enseña que el análisis supone articular datos del campo con herramientas teóricas, para contribuir al campo más amplio de la teoría

antropológica. Esto busca brindar respuestas a las preguntas que nos hicimos al iniciar la indagación, en comunicaciones dirigidas principalmente a la comunidad académica y en cierta medida a grupos locales con los que se trabajó. A partir de estas cuestiones podemos notar que, entre la intimidad de las notas de campo y la objetivación de la escritura de artículos, hay espacio para dialogar con nuestros interlocutores. Y esto conlleva que atravesemos múltiples tensiones a la hora de intentar comunicarles los descubrimientos de una investigación.

No obstante, el carácter que le damos a la escritura académica depende de nosotros mismos; y el poder devolverle a la misma el afecto, la calidez y la transparencia, también. Salir de la individualidad descriptiva de las notas de campo y de la soledad analítica de los textos académicos no resulta fácil, pero es necesario. Ello implica preguntarnos para quiénes, para qué y cómo escribimos. ¿Buscamos al escribir contar algo de alguien para “contribuir a la antropología”, o bien, establecer puentes de diálogo con otros para ejercitar el quehacer antropológico y redescubrirnos como personas que conviven en este mundo? Y si es así ¿cómo escribimos? En las palabras de Julieta Quirós (2014: 63), “desarrollar y consolidar técnicas y políticas de escritura fieles a nuestros modos vívidos de conocimiento, requiere también, empezar a valernos de un lenguaje llano y abierto al mundo”. Y en este camino, quizás, la construcción de textos intermedios resulte de mayor utilidad para la apertura de diálogos más fieles a la relación de acompañamiento que se producen en el trabajo de campo.

### **Cierre: Emociones y acompañamientos al investigar**

20 de julio de 2020 por la mañana. Me encuentro escribiendo este mismo texto para compartir en unas Jornadas antropológicas y recibo un llamado. Es Victoria saludándome por el día del amigo. Alegría en el corazón y agradecimiento por esta hermosa profesión, solo eso puedo sentir.

He querido reflexionar sobre las emociones, desaciertos, dudas surgidas en un trabajo de campo donde además de interlocutores para mi investigación, encontré amigos a quienes acompañar y con quienes sentirme acompañada. Esto involucró una situación de intensidad afectiva, en especial por el fallecimiento de mi amigo Francisco y el respeto por el duelo de Victoria, y de cierto modo, también el mío. Considero que los aprendizajes realizados en nuestras formaciones como antropólogxs deben implicar también la flexibilidad necesaria para ser desaprendidos si ellos nos impiden descubrir nuevos procesos, experiencias y

sentimientos. Cuando las emociones son colocadas en el lugar de “obstáculos” para la investigación, algo no está resultando en lo aprendido. Cuando la racionalidad domina el trabajo de campo y olvidamos lo que sentimos, algo está fallando. Por ello como vimos, el dilema entre abandonar el trabajo de campo y el análisis, para continuar con una amistad supuso la construcción de fronteras y la activación de falsos supuestos. Pero también, implicó revelar el monopolio de las decisiones que los investigadores creemos tener sobre “nuestro” campo, cuando en realidad éste siempre es compartido. Porque al investigar nos relacionamos, nos acompañamos, confiamos, nos diferenciamos, como lo que simplemente somos: personas.

### **Bibliografía**

- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto (1996) “El trabajo del antropólogo: mirar, escuchar, escribir”. *Revista de Antropología*, vol. 39, n° 1, pp. 13-37.
- DA MATTA, Roberto (2006) “El oficio del etnólogo o cómo leer anthropological blues”. Mauricio Boivin et all. (orgs), *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*
- FAVRET- SAADA Jeanne (2013) “Ser afectado” como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico” (traducción de Zapata, Laura; Genovesi, Mariela) En: *Revista Avá. Revista de Antropología*, núm. 23, 2013, pp. 49-67. Universidad Nacional de Misiones. Misiones, Argentina
- MAUSS, Marcel: (1979 [1921]). “A expressão obrigatória dos sentimentos”, en Cardoso de Oliveira, Roberto (org.): *Mauss*. Editora Ática, San Pablo, pp. 325-335.
- QUIRÓS, Julieta “Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología” *Publicar - Año XII N° XVII - Diciembre de 2014*